

EL FILANDÓN: LA PRIMERA PELÍCULA LEONESA

Julio Llamazares

El Filandón, todo tiene en común su origen y naturaleza leoneses: director, producción, guiones y localizaciones. José María Martín Sarmiento, titulado en la Escuela Cinematográfica de París y con un mediometraje pródigamente premiado en Francia y en España ya en su haber -Los Montes, también rodado íntegramente en un pueblo abandonado de las montañas de El Bierzo -es el joven director de esta película.

El filandón de San Pelayo



En el antiguo dialecto leonés, filandón, sinónimo del filandoiro gallego y del hilario castellano, denomina aquellas viejas reuniones invernales en las que los habitantes del medio rural pasaban las horas de la noche hilando lino, jugando a las cartas y contando cuentos y leyendas al amor y conjuro de la lumbre. Hoy, la llegada de la electricidad y la televisión se ha acabado con aquellas reuniones vecinales, pero los más viejos continúan recordando todavía los entrañables filandones de sus tiempos que, entre otras cosas, sirvieron de trasmisión oral de una arcaica cultura rural y legendaria acuñada a lo largo de los siglos y que, desgraciadamente, poco a poco está desapareciendo.

El filandón que se nos cuenta en la película de Martín Sarmiento es, sin embargo, un filandón un tanto insólito. Con un halo telúrico y milenarista, cinco escritores leoneses -Antonio Pereira, José María Merino, Luis Mateo Diez, Pedro Trapiello y, quien esto escribe, Julio Llamazares- son convocados por el santero de San Pelayo en la ermita del mismo nombre alzada al pie de la impresionante Peña Catoute para celebrar, narrando cuentos a la imagen, el mítico filandón de San Pelayo. Según la leyenda, éste fue un joven actor que, en tiempos de la invasión romana, logro detener durante varios días a una legión dentera contando historias a su jefe al modo de Bocaccio o Sherezade, mientras que sus compañeros huían hacia las montañas. Su

estrategia fue descubierta y el joven Pelayo martirizado. Y, desde entonces, cada cierto tiempo, la campana de su ermita dobla sola y el río que cruza frente a ella baja tinto en sangre. Es la memoria de San Pela yo que pide a sus habitantes de los cinco pueblos del valle que cuenten historias, como él hizo para consolarle. Esos cinco pueblos de las faldas del Catoute están hoy completamente abandonados y por eso que el santero de la ermita decide, para suplirles, solicitar el concurso de cinco narradores de la tierra.



Cinco cuentos leoneses

Hasta ahí, el hilo vertebral de la película, la disculpa en forma de leyenda para enhebrar, al modo de Los cuentos de Canterbury, el Decamerón o Las mil y una noches, cinco relatos diversos, de muy distinta factura y contenido, pero con el denominador común de su origen y esencia leoneses: El desertor, de Merino; Las peras de Dios, de Pereira; La jana, de Trapiello; Los grajos del sochantre, de Luis Mateo, y Retrato de bañista, de Llamazares. Su rodaje ha discurrido por los cuatro puntos cardinales del paisaje leonés, desde las milenarias y célticas montañas de Ancares hasta la fértil huerta



berciana, desde los otoñales bosques de Boñar hasta los vértices góticos de la catedral de León, pasando, incluso, por las fantasmagóricas ruinas de Vegamián, el pueblo en que nació quien esto escribe y que, sepultado hace casi veinte años bajo las agua de un pantano, ha sido ahora completamente desecado para proceder a una revisión técnica. Cinco cuentos, pues, para enhebrar un filandón, y con él, el filandón en que se hilvana la primera película del cine leonés.

El cine de las autonomías

Chema Martín Sarmiento sigue con El filandón, el camino comenzado hace ya tiempo por otros directores de cine vascos y catalanes. Recientes están los ejemplos de Alfonso Ungría y de Imanol Uribe, cuyos proyectos han contado con la

colaboración de amplios estratos de la sociedad vasca e incluso con el apoyo directo en su producción de las instituciones culturales autonómicas. El cine español; que siempre ha vivido de espaldas a las distintas realidades del país, parece haber encontrado precisamente en ellas un nuevo y fuerte impulso. Y hoy se habla ya de un cine de las autonomías.

En la producción de El filandón han colaborado diversas instituciones culturales y financieras provinciales y autonómicas en un esfuerzo singular e insólito, ya que siempre se había pensado que sólo las autonomías más fuertes podían permitirse el lujo de financiar un cine propio. El ejemplo de Martín Sarmiento y de su Filandón puede ayudar a comprender que el cine de las autonomías puede serlo de todas.